

Carlos Pellicer: poeta lunar



Celene García Ávila

“Oigo que hablas de amor y se corona
de espina el corazón de la amargura.”

CARLOS PELLICER



El 16 de enero de 1997 se cumplieron cien años del nacimiento de Carlos Pellicer, según consta en su acta de nacimiento.¹ Como ocurre con la mayoría de los poetas, se conocen el mito, el lugar común y, a veces, la anécdota, pero poco se lee la obra. La personalidad del escritor puede facilitar u obstruir el acercamiento a sus textos. Pellicer provoca simpatía. Son conocidas sus peripecias en la Preparatoria Nacional como estudiante, y luego como profesor; la incapacidad para adaptarse a la rutina y al orden oficial; la pasión por los viajes, la poesía, América Latina y Jesucristo, o la preparación ritual del Nacimiento.²

No se ha hecho un estudio sobre toda la poesía de Carlos Pellicer, sería titánico. El trabajo de recopilación de Luis Mario Schneider es loable, pues ha recuperado en un amplio volumen poemas ya publicados, así como no coleccionados, pero la vastedad de la obra impone estudios parciales. A los contemporáneos de Pellicer llamaban la atención el color y el carácter sensorial de la poesía del tabasqueño; José Gorostiza comenta *Hora y 20*, en una carta a su amigo: “¿Sabes, Carlos, que lo malo de ti es que no eres un poeta, sino dos? El que me gusta a mí es el poeta de los sentidos. Ojalá que fueras siempre ese poeta. En el edificio de nuestra poesía, la ventana; la ventana grande que mira al campo, hambrienta, cada noche, de desayunarse un nuevo panorama, cada día”.³ Quizá, a Gorostiza le molestaba la exhibición de las simpatías políticas de Pellicer; por eso privilegia los sentidos.

Xavier Villaurrutia decía que Salvador Díaz Mirón y Carlos Pellicer eran la excepción al “color gris perla” de la poesía mexicana, y pensaba que, en ciertos momentos, ambos poetas querían ser crepusculares.⁴ Villaurrutia observó la posibilidad de que los poetas coloridos tuvieran tonos grises, pero no se interesó en el análisis. Octavio Paz compara a Pellicer con Tamayo: “Desde el principio, Pellicer fue un poeta solar”.⁵ La etiqueta de poeta solar, colorista o plástico se ha vuelto lugar común al hablar de Pellicer, quien, con justa razón, se incomodaba: “La leyenda que hay alrededor de mi pobre persona, como escritor, es que soy un colorista. Castro Leal me catalogó, hace ya muchos años,

Celene García Ávila. Actualmente estudia el doctorado en Letras Hispánicas en El Colegio de México. Ha publicado los poemarios *Escritos inesperados* y *Soles ciegos*, así como diversos artículos en diarios y revistas.

como un impresionista. Y no es justo, francamente. Además nadie conoce mi obra".⁶ Lo contradictorio es que el escritor sí se empeñó en afirmar su pertenencia al desorden y a la exuberancia tropicales; en la misma entrevista con Carballo confiesa: "Yo he sido un tropical insobornable".⁷

La frondosidad y el trópico de Pellicer pueden ser engañosos; el poeta también vive la contraparte: sombra, dolor, angustia, ironía, maldad, desengaño, oscuridad. Tras el follaje de la selva y la admiración por la geografía y los héroes americanos, está un Pellicer invertido e íntimo: “Ninguna soledad como la mía. Lo tuve todo y no me queda nada”;⁸ “Señor, tenme piedad, bajo el escombros/desta noche de púas y venenos./Relampaguea, mírame en qué cienos/pudro la voz con que al azul te nombro” (p. 420).

Afortunadamente, la crítica ha comenzado a explorar este aspecto de la poesía de Pellicer. Ruxandra Chisalita analiza el soneto que dice:

*Ando en mi corazón como en el fondo
de un pozo abandonado que enronquece
la sequía y de noche no merece
ni una estrella en su antártico redondo.*

*Muevo mi corazón flaco y hediondo
y la fealdad de un sapo lo abastece.
El infeliz ignora que amanece
y en ese ojo nublado bien me escondó.*

(p. 434.)

Chisalita muestra que en ese poema, sin los colores acostumbrados, se refleja la maldad, como otro tipo de vitalidad.⁹ Sergio Fernández tiene la misma opinión acerca del soneto aludido, y sugiere que Pellicer, “el más supuestamente accesible” de los Contemporáneos,¹⁰ se encubre con tres máscaras, por lo menos: el poeta que manosea y se apodera de los objetos, el que metamorfoseado a medias lucha por perder la vergüenza de presentarse frente a los otros, el triste a pesar del color y “falsamente extrovertido” es el poeta de la tercera máscara.¹¹ El sentimiento religioso propicia estados de contrición, en los cuales el

poeta es más sensible a lo oscuro, al espejo, la culpa y la sombra:

*No quisiera morir sin verme a solas
con mi sombra; saber cuánto he olvidado.
Tenerla tan presente, que lo andado
no tuviera final: el mar sin olas;
[...]
me queda entre las noches y los días
la sombra de haber sido de otro modo.*

(p. 606.)

No se trata de negar la evidencia de que Pellicer se identifica con la luz y el color: “Mirando el río de aquellos días que el sol engrie- /al verde fuego de las orillas robé volumen [...]” (p. 394), sino de fijar la mirada en el “poeta lunar” que también es Pellicer.¹² Los críticos han analizado con cierta insistencia las “Horas de junio”, por la emotividad de los poemas o por su musicalidad; Eugene Morretta, por ejemplo, estudia las “Horas...” porque en ellas el poeta expresa la soledad, a la manera de Villaurrutia y Gorostiza: como un “sentido de parálisis o encierro que frustra la voluntad e impone una angustiada espera”.¹³

A pesar de que entre la crecida maleza de la poesía pelliceriana se encuentran ejemplares defectuosos, es injusta la aseveración de Paz: "Pellicer no es un poeta de poemas sino de instantes poéticos".¹⁴ Es una acusación grave. Si se analiza la técnica, sea la sonoridad o musicalidad, el metro, la rima, el ritmo, la morfología, la sintaxis o la organización de algunos poemarios, se convencerá el lector de que Pellicer era un poeta con oficio.¹⁵ Pero la poesía no era para Pellicer escribir poemas, sino una forma de vida (pese a lo trillado de la expresión). La prolijidad de Pellicer y la predilección por ciertos temas explicaría su tendencia a la suma, a la multiplicación de la escritura —en contraste con Gorostiza, Villaurrutia, Owen o Cuesta, quienes preferían podar—; el valor humano del poema tiene tanto peso para Pellicer como el estético; el poeta sabía distinguir uno del otro, pero no se atrevía a deshacerse de un poema de gran emoción que tuviese faltas poéticas o de un buen ejer-

cicio poético al que faltara emoción; en la citada entrevista con Carballo, Pellicer comenta que *Recinto* es “una historia de amor que se cumplió de cabo a rabo. En esos poemas hay algunas cosas apreciables, más apreciables por lo humano que por lo poético”.¹⁶

Pellicer sacrificó, en algunos poemas, la perfección a la que aspiraban otros por la sinceridad y la espontaneidad, pero ello no significa que en sus obras falte la combinación armónica de emoción y belleza de la forma. Los recursos de la rima y la repetición se encuentran con facilidad:

- 1. *Los pueblos azules de Siria*
donde no hay más que miradas y sonrisas.
 - 2. *Donde me miraron*
y miré.
Donde me acariciaron y acaricié.
- (p. 186.)

Así como la práctica constante en la escritura del soneto:

Señor, mira mi sangre, qué negrura
la espesa y la envilece; ya señala
mi frente con tus ojos y acaudala
tanta miseria mugre de amargura
[...]
Yo puedo ser, si Tú así lo quisieras
un poco de agua dejada al descuido

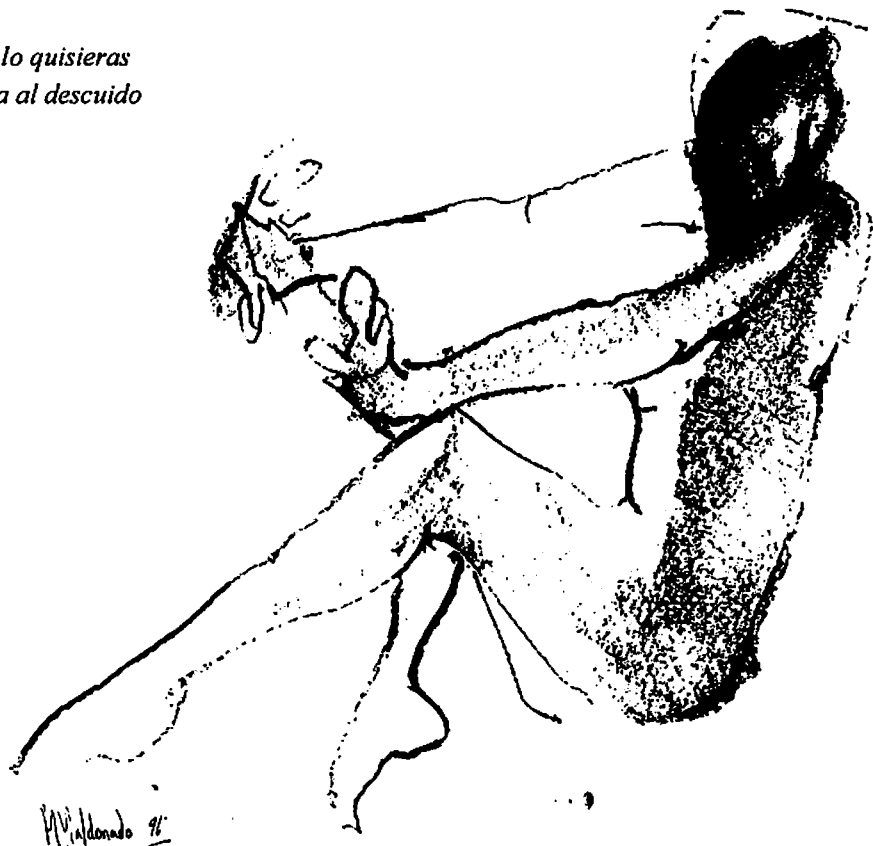
donde beban las aves y las fieras.
(p. 446.)

La variedad también se ve en los romances, en el verso blanco, en las canciones, en los pasajes dialogados o casi prosaicos, en los experimentos con rima esdrújula o en la combinación de rimas internas con finales. Pellicer quería parecer ajeno a las modas o innovaciones literarias de su época, pero no está exento de influencias. En uno de los “Nocturnos”, el poeta nombra a la luna, con humor y sarcasmo, si se piensa en la luna trágica y sentimental de los románticos:

Nombremos a la luna
alguacila de rondas de los cánticos.
[...]
Ella enseña las piernas en la fuente
y las diez mil chaquiras del remojo
callan la rana, tilde a las íes, veinte en
[la frente.

[...]
La buena Luna ronda,
la cosa esa redonda,
que quién sabe a qué horas nos anuda
la voz en la garganta de las horas
que con aguas de mar viven desnudas.

(p. 254.)



La obra de Pellicer, como afirma Mónica Mansour, no permite una lectura inocente,¹⁷ ni siquiera en los poemas más optimistas o transparentes. En estas notas, sólo se ha querido subrayar la necesidad de leer la poesía de Carlos Pellicer con más suspicacia y menos inercia, para reconocer, detrás de la faz luminosa del poeta, el anochecer de soledades y culpas mal expiadas; la ironía y la conciencia de la maldad. El poeta-iguana se sabía “nube en la llanura”, posibilidad de sombra para renacer, pues la Noche “enseña a ver el Universo”.Δ